

ARI

A veces los recuerdos de la infancia se te antojan tan remotos que casi parecen sueños. Yo tengo uno tan escondido en las brumas de mi memoria que apenas distingue las fronteras entre la realidad y la fantasía.

Soy muy pequeño y troto como un ciervo entre los árboles del bosque. Las hierbas sonrían a mi paso, las ramas salen a mi encuentro, los pájaros acompañan mi carrera con su vuelo. Me siento el rey del bosque y corro hacia la luz, hacia el claro, hacia la luminosa pradera que ese día, sin saber muy bien por qué, me atrae como un imán.

Apenas puedo contener la alegría cuando salgo de la maleza y el sol cae de lleno sobre mí. Me siento invencible y echo a galopar campo a través. Mis pies apenas rozan el suelo. Mis piernas se han vuelto ligeras y poderosas. Ante cada arbusto, cada obstáculo, salto tan alto que me siento volar.

Al final del prado distingo a mi abuelo y me lanzo en pos de él. Al descubrirme, echa a correr atropelladamente. Tan sólo veo su espalda. No lo entiendo, pare-

ce asustado. Le sigo, él grita. Monta de un brinco en su caballo, *Guijarro*, y lo espolea ansiosamente, como si quisiera huir de mí. Me enfado. ¿Acaso no soy su nieto?, ¿acaso me ve como a un apestado?

Me lanzo a perseguir la estela de viento del animal. «Pronto, muy pronto, le atraparé», me digo, porque *Guijarro*, que por lo general es tan rápido como una centella, ese día galopa con la pereza de un anciano. Si extendiera mis brazos casi podría rozar sus cuartos traseros.

Siento, de repente, un golpe en el costado, otro en la cabeza, uno más en la espalda. Pierdo el conocimiento.

Cuando la luz vuelve a mí, descubro que estoy atado en el establo de la cabaña de mis abuelos. Forcejeo con las cuerdas pero no consigo soltarme. Están demasiado prietas y yo ya no me siento invencible.

Miro alrededor y reconozco a varios hombres. Son los ancianos del pueblo. En las manos portan teas encendidas. Los reflejos de fuego revolotean en sus caras y proyectan sombras siniestras sobre mí.

Mi abuela llora en la oscuridad, tras las voces y los salmos. Mi abuelo mantiene los brazos caídos y al final de ellos, sus puños se contraen crispados. Me observa como si no supiese decidir qué sentimiento le inspiro, si repulsión, pena o rabia. Se vuelve y todos los hombres le siguen al interior de la cabaña. La puerta se cierra y me dejan a solas con mi abuela. Su llanto me desborda y lloro yo también. Siento el cuerpo tremendamente magullado. La sangre se ha secado en varios puntos; en otros, todavía fluye. Mi abuela no se atreve a acercarse a mí, y adivino que los otros se lo han prohibido. Aun así, sus lágrimas me reconfortan, porque me dicen que, en esa noche negra, al menos hay alguien que se compadece de mí.

Al llegar la medianoche, el abuelo regresa. Pasa por delante de mí sin mirarme. Ata el caballo al carro y coloca, en la parte de atrás, un saco lleno de patatas, hogazas y tocino. Se acerca y me observa durante un buen rato. Su mirada cae sobre mí desde tan arriba, desde tan lejos de su corazón, que da miedo. Recuerdo que por las venas de ese hombre, que se hace llamar mi abuelo, no corre mi misma sangre, que es tan sólo el marido de mi abuela, y me estremezco aún más. Sus ojos no prometen paz; son ojos de guerra.

La abuela entra en el establo y el abuelo, que no es mi abuelo ni podrá serlo jamás después de esa mirada, despierta de su trance y me desata. Con movimientos bruscos, me empuja hacia la parte de atrás del carro y me hace subir a empellones. Vuelve a atarme. Se despierta silenciosamente de su mujer con una mirada ceñuda. El látigo restalla en el aire y el caballo fustigado sale disparado, alejándome para siempre de mi hogar.

Nos adentramos en la noche oscura, apenas iluminados por la luz de las estrellas. Mi cuerpo se resiente por el traqueteo del carro; los huesos están tan castigados que apenas me responden. Sin embargo, no me quejo. Hace mucho que aprendí a ocultar mis sentimientos.

Dos semanas después llegamos a una fortaleza negra, inexpugnable. Su estructura recuerda más la de una muralla que la de un castillo. No es cuadrada, ni redonda, ni rectangular. Es un muro alargado, coronado por siete torres y abombado alrededor de la torre central para permitir la existencia de un patio donde recibir a los visitantes.

Mi abuelo intercambia unas palabras con el centi-

nela de la entrada y éste, tras echarme un sombrío vistazo, nos franquea el paso. Cruzamos el puente levadizo. El centinela hace sonar un cuerno y, poco después, un hombre alto, vestido de negro de pies a cabeza, se acerca atravesando el patio de armas a grandes zancadas. Ignora a mi abuelo y se dirige directamente hacia mí. Me mira con atención. Con un movimiento de cabeza ordena desatarme; los soldados le obedecen al instante. Aprovecho para levantarme y estirar las piernas, pero tengo el cuerpo tan entumecido que no me sostienen. Caigo al suelo; me incorporo de nuevo. Un centinela tiende al hombre de negro una antorcha prendida. Éste la coge y la aproxima a mí. Cierro los ojos, deslumbrado por la luz. El hombre de negro examina el suelo a mi espalda y asiente. Ordena al centinela que le entregue unas monedas a mi abuelo. Éste las toma y se marcha sin decir palabra. Me quedo con los ojos enganchados a su espalda. Ni siquiera ha empleado su mirada para despedirse.

Me conducen a un dormitorio colectivo donde hay otros dos niños llorando. Los acaban de traer pero ninguno de ellos conoce tampoco el motivo. Ambos, sin embargo, conservan como yo un recuerdo intensamente feliz de libertad, de gozo supremo, antes de que sus vecinos o sus familiares se les echaran encima y los trajeran aquí, a Sákara, a la Muralla de las Sombras.

Yo tenía entonces siete años. Ése es mi único recuerdo de cuando era libre.

1

Ari se levantó de un salto de su camastro. Aquel día cumplía catorce años y aquélla era, sin duda, una edad importante. Según marcaba la tradición, antes del mediodía, el señor del castillo le haría entrega de su primera capa errante y, con ella, del derecho a salir de los dominios de la fortaleza y visitar junto al resto de los internos el pueblo más cercano. Estaba tan excitado ante la idea de pisar aquella tierra hasta entonces prohibida, que el corazón amenazaba con salirse del pecho.

Se quitó de un tirón la camisa de dormir, llenó la palangana de agua, y, en apenas un abrir y cerrar de ojos, estaba ya aseado, vestido y preparado para estrenar su inminente libertad. Echó un vistazo al catre vecino. Aldo roncaba plácidamente en el otro extremo del cuarto y Ari resopló de impaciencia. Aquel día se sentía incapaz de aguardar a que despertara.

Los dormitorios estaban situados debajo de las almenas de las torres y tenían dos ventanas. La luz del sol entraba por el lado Sur mientras que en el lado Norte nevaba copiosamente. Ari se dirigió, sin dudarle un instan-

te, hacia la ventana soleada. No estaba dispuesto a consentir que el día de su catorceavo cumpleaños amaneciera con mal tiempo. Se sentó en el alféizar y elevó los pies hasta apoyarlos sobre la losa de piedra. La brisa le despeinó el pelo y le hizo añorar una vez más la libertad. ¡Cuán hermoso era aquel paisaje!, se dijo extasiado mientras se abrazaba las rodillas y dejaba vagar su espíritu por encima de las copas de los árboles.

Desde allí se divisaba el sombrío bosque por el que siete años atrás su abuelo le había arrastrado hasta la fortaleza. El muchacho no pudo evitar removerse inquieto en su atalaya. Aquella imagen del pasado le producía una intensa sensación de malestar. Le habían tratado peor que a un animal. Aunque tratándose del lado Sur, tampoco era de extrañar. Según el instructor, en aquel lado del mundo era donde residía la ignorancia de los hombres y su miedo a todo lo nuevo.

Ari dejó la mente en blanco y se dejó transportar por el aire de aquel mundo hacia la lejana línea rugosa del horizonte. Hasta donde alcanzaba su vista, sólo se podían distinguir árboles y más árboles; leguas y más leguas de vegetación donde apenas una docena de finas columnas de humo, que destacaban como cobras danzantes en aquel inmenso mar verde, alertaban de la presencia de aldeas entre los árboles.

La mayoría de los chicos internos había nacido en el otro lado del mundo, el de los rascacielos, y era normal oírlos hablar con desagrado y desprecio del lado Sur. Murmuraban que estaba lleno de gente basta y supersticiosa y que la vegetación era tan rebelde e imperiosa que resultaba indomable. Aldo y él eran dos de los pocos internos que procedían del lado Sur y ambos,

pese a todo, preferían con mucho aquel mundo al otro. Para ellos, el hecho de que el mundo fuera indómito no era, en absoluto, algo malo. Sus ojos se regocijaban ante la presencia de bosques y de lagos, y el corazón se les henchía de gozo al sentirlos tan repletos de vida. Era un mundo virgen, salvaje, donde los enigmas se ocultaban tras la maleza y donde uno muy bien podía perderse o encontrarse a sí mismo en sus misterios.

Ari dirigió una mirada de reojo hacia la otra ventana, la del lado Norte, y obtuvo una fugaz visión de los rascacielos que salpicaban un cielo surcado por pájaros de metal. Definitivamente, aquél no era un sitio acogedor para alguien a quien la luz, los prados y los árboles alegraban tanto. Allí, todo estaba hecho de asfalto y el aire era tan impuro que enturbiaba el estado de ánimo de quien lo respiraba.

Los chicos del lado Norte solían afirmar con orgullo que aquél era el mundo civilizado, el único capaz de defender el futuro y la sabiduría frente al pasado y la barbarie del lado Sur. Pero aquella explicación a Ari tampoco le convencía. Por los rumores que llegaban hasta sus oídos desde la ventana del lado Norte, por los retazos de vida que se desprendían de sus calles, tampoco percibía que allí el mundo hubiera avanzado mucho. La gente malvada seguía existiendo y los pobres seguían muriéndose de hambre mientras los ricos nadaban en la abundancia. Y, además, allí era donde, según el instructor, residía el espíritu de destrucción de todo lo natural, de todo cuanto él amaba.

Ari volvió su mirada hacia el lado Sur y estiró el cuello para vislumbrar el sendero por el que los labriegos introducían sus carros en el castillo, bajo la vigilan-

te mirada de los centinelas. Siete años hacía que no ponía los pies fuera de la fortaleza y, pese a todo, aún recordaba con añoranza aquella última carrera en el prado, aquel último destello de luz antes de que el curso de su vida cambiase para siempre...

«Sákara», murmuró en apenas un susurro. Qué extraño le resultaba oírse pronunciar aquella palabra con cariño. Pero era cierto que Sákara, la Muralla de las Sombras, que durante la mitad de su vida había sido su prisión, también se había acabado convirtiendo en su hogar, en el lugar donde había encontrado su primer amigo de verdad. Al pensar en la palabra «amigo», volvió casi inconscientemente la cabeza y observó con afecto el bulto que dormía de forma apacible en el catre vecino. Gracias a Aldo había recuperado la confianza y la ilusión por las cosas.

Desde el patio de armas llegó hasta su ventana el entrechocar de espadas y el griterío de los chicos que practicaban el arte de la esgrima con el instructor. Ari sonrió al reconocer la voz quejumbrosa de uno de los internos del lado Sur, un muchacho torpe para las armas que siempre acababa derrotado en la primera ronda. Apartó la mirada del suelo y la alzó hasta las almenas de la torre central, la primera que había visto siete años atrás.

Sí, había transcurrido mucho tiempo desde aquella primera vez pero algo, sin embargo, había cambiado desde entonces. Ahora ya no era el crío tembloroso de antaño que tenía miedo de las gentes y que ignoraba prácticamente todo. Ahora, sabía cosas. Sabía, por ejemplo, que la fortaleza en la que vivía se llamaba Sákara y que el hombre alto y vestido de negro que le había recibido el día de su llegada era Diagor, el señor del lugar.

Sabía también que la fortaleza estaba repleta de internos que, al igual que él, habían sido capturados un día de perfecta sintonía consigo mismos. Sabía que los muchachos procedentes del lado Sur recibían clases diferentes de las impartidas a los chicos del lado Norte y que los instructores no veían con buenos ojos que unos y otros se relacionaran entre sí.

Sí, ahora sabía mucho aunque, por desgracia, aún desconociera lo fundamental. Ignoraba la razón por la que le habían conducido allí y le habían abandonado a merced de su suerte. Y ésa era una pregunta para la que, a pesar de no haber dejado de formulársela a lo largo de los años, jamás había hallado respuesta. Quizá porque nadie lo sabía.

—¿Ari?

Ari volvió la cabeza hacia el rincón del que procedía la voz. El chico rubicundo y fuerte que se debatía entre las mantas se despezó aparatadamente. Un rayo de luz se había escapado del cielo del Norte y, tras enredarse en las nubes, se había colado por la ventana, despertándole.

—¿Cuánto tiempo llevas despierto? —preguntó mientras se incorporaba lentamente de la cama y bostezaba medio adormilado—. Ari, no sé cómo puedes soportar vivir con lo nervioso que eres. Yo no lo aguantaría. ¿Cómo es posible que cada vez que quieres dormir no puedas hacerlo porque cualquier cosita que tienes que hacer el día siguiente te lo impide?

—¿Cualquier cosita?! —exclamó Ari con los ojos abiertos de par en par—. ¿Crees que es cualquier cosita salir por primera vez de Sákara? ¡Hoy cumplo catorce años! ¿Lo has olvidado?

Aldo bostezó de nuevo, desganadamente, y se rasgó la cabeza.

—Claro que no, Ari. Pero te aseguro que no me he pasado toda la noche pensando en ello —replicó mientras vaciaba la jarra de agua en la palangana y se disponía a lavarse la cara—. Felicidades, amigo. Hoy es, sin duda, un gran día.

Ari suspiró. Aldo y él eran como la noche y el día. A él, los nervios le impedían mantenerse quieto, y su hambre de aventuras resultaba insaciable. Si alguien le atacaba, al instante se encendía y peleaba. Si le brindaban un reto, siempre era el primero en ofrecerse. La fortaleza, aun siendo imponente, se le antojaba un lugar tan pequeño que le ahogaba.

Aldo, sin embargo, tenía una personalidad tan reflexiva y equilibrada que casi nada conseguía alterarle. Ni siquiera aquel día que, al igual que él, estaba a punto de salir de la fortaleza por primera vez en siete años. Pero la flema de Aldo era bien conocida en Sákara. Dos meses atrás, recién cumplidos sus catorce años, en vez de dar saltos de alegría ante su inminente libertad, había solicitado posponer su primera salida para así hacerla coincidir con la de su mejor amigo. Y eso era algo que sobrepasaba con mucho la capacidad de entendimiento de Ari. No le entraba en la cabeza que a una persona no sólo pudiera ocurrírsele algo así, sino que además pudiera mantenerse firme en su resolución. Pero también ahí eran diferentes. A Aldo pocas cosas le tentaban. Su mundo enseguida alcanzaba el punto perfecto de armonía que le permitía ser feliz. Era, de hecho, tan poco lo que necesitaba que cualquier sitio podía acabar convirtiéndose en su hogar.